

cer el blanco de sus befas, y de sus sacrílegas burlas, al inocente Jesús.

Los compañeros de Malco consiguieron sus depravados intentos, empero ni Anás ni su yerno é hijos lograron conciliar el sueño.

Y ahora preguntamos nosotros: ¿era posible que durmieran, respirando oprimidos por su infinito crimen, y hallándose agitados por las pasiones, que bramaban en sus pechos con la bravura de un huracan desencadenado? Aun que no sintieran los rugidos del remordimiento, ¿era posible que se entregaran á la dulce paz del sueño?

Y mientras tanto que ellos se agitaban impacientes en sus lechos, y mientras tanto que el sueño se empeñaba en huir de sus ojos, los verdugos proseguian su obra de inícuca crueldad, martirizando al divino Salvador.

Malco se le acercó con la sonrisa en los labios, con aquella sonrisa que apareceria en el hocico de los cachorros del tigre, en el momento que su madre les presenta la presa, si fuese posible que sonrieran las indicadas fieras.

—¡Levántate, mandria! — le dijo con voz ronca.

Jesucristo trató de obedecer, mas no le fue posible dejar por sí solo la violenta y dolorosa posicion que guardaba. Y despues de haber hecho algunos esfuerzos, y despues de haber convencido á Malco de la imposibilidad que habia para que le obedeciera, miróle el divino Cristo, con aquella mirada dulce y tierna que enviaba su corazon á sus ojos.

Aquella mirada parecia decir al desapiadado verdugo:

—Ya ves que he hecho cuanto he podido por complacerte, pero estoy tan débil, tengo tan pocas fuerzas, que me es del todo imposible darte gusto. Ayúdame tú, y dejaré esta posicion que me atormenta.

Malco, sea que entendiese lo que le decia la dulce mirada del Cristo, sea que se convenciera de que era cosa poco menos que imposible que Jesucristo dejara aquella posicion y se levantara, se dispuso á ayudarle, y al efecto cogiéndole por los divinos cabellos, que tan graciosamente caian antes sobre sus hombros, y que ahora parecian un manojo de heno creciendo en el fondo de un cenagoso torrente, tirando de ellos con violenta furia el verdugo prosiguió:

—Vamos; ya te ayudaré yo.

El dolor que sintió el Salvador por aquella nueva crueldad fue excesivo. Su divina cabeza estaba hecha toda una sangrienta llaga; sus facciones estaban llenas de cardenales en aquellos puntos donde no manaban sangre, y sus ojos horriblemente hinchados, apenas daban paso á la mirada, para que con extremo dolor pudiera enterarse de todo lo que en torno suyo acontecia. La crueldad de Malco vino á aumentar y renovar estos dolores, pero el Cristo no exhaló una queja, no dijo una palabra.

Por fin pudo mantenerse en pié, y los soldados y verdugos le rodearon, sirviéndoles de poderoso motivo de hilaridad el lamentable estado de su inocente víctima, y los esfuerzos que hacia para conservar el equilibrio, pues las rodillas, aun á su pesar se le encorvaban, no teniendo fuerzas para sostener el cuerpo escuálido, y la pesada carga que para ellas era la humanidad del Salvador.

Y así fuéron acercándose á él, puestos en corro cada vez mas estrecho, y como el Salvador tambalareaba, con furia desapiadada arrojábanlo los unos á los otros, dándole empujones violentos, y asestándole golpes, que, en vez de devolverle el equilibrio, hacian imposible que el Cristo lo recobrará.

Y con aquellos golpes y empujones renovábansele á Jesús todos los dolores, y se le abrian de nuevo las heridas, y sufría un tormento inaudito, mientras que los verdugos reían, blasfemaban, burlábanse de él, y daban grandes gritos y carcajadas, sin que les inspirara la menor piedad su pobre é inocente víctima.

Por fin se cansaron de aquella escena y apartándose de Jesucristo todos á la vez, cayó desplomado, dando con gran violencia de rostro en tierra, y produciendo un ruido sordo y desgarrador. Tan grande debia ser entonces la intensidad del dolor de Jesús, que exhaló un ¡ay! acompañado de una respiracion fuerte y penosa, ¡ay! que fuera capaz á deshacer corazones de bronce, pero que no enterneció el de aquellos malvados, porque era el demonio quien les inspiraba; era Satanás quien moraba en sus pechos infames.

La caída del Salvador fue un nuevo motivo de hilaridad para sus verdugos, y les movió á grande y destemplada risa. Todos estaban contemplando al Cristo, todos se hallaban muy alegres, todos encontraban aquella escena sumamente divertida y sabrosa, mientras Jesús besaba la piedra del pavimento, dejando en ella sangrientas marcas con el rostro.

Y el Redentor divino agitábase tendido en el suelo, como se agita un enfermo tendido en el lecho de su dolor; esforzábase por levantarse y no podia; intentaba sentarse mas no le era dable; procuraba variar de posicion, y á todo se negaba su cuerpo abatido y falto de las fuerzas necesarias.

Entonces uno de los verdugos dijo á la portera:

—Trae un asiento; será el trono del rey de Israel.

—¿Qué quieres hacer? — le preguntaron algunos.

—¿No tenemos permiso para divertirnos con él? —

dijo el que pidiera un asiento á la esclava encargada de la puerta.

—Sí: — se le contestó.

—¿Y cómo quieres tú que nos sea posible divertirnos, si guarda el Nazareno la posicion que ves?

—Es verdad: — respondieron todos sonriendo, y esperando de la ocurrencia de su compañero, un nuevo motivo de diversion.

—Trae el asiento, te digo, esclava de Beelcebú, si no quieres que ponga tu miserable cuerpo por banquetta al Nazareno.

La esclava salió presurosa, con el intento de complacer al verdugo, y trajo una banquetta desechada ya por insertible, y á la cual faltaba uno de los cuatro piés en que se sostenia, hallándose los otros tres carcomidos, y en estado de no poder resistir por mucho tiempo al peso del cuerpo de un niño, cuanto menos al de un hombre.

—¡Ahí tienes eso! — dijo la criada, tirando la banquetta á los piés del verdugo que se la pidiera.

—Eso no sirve: — dijo el soldado mirando á la esclava de una manera particular.

—Pues yo no doy otra cosa para que sirva al Nazareno: — replicóle la mujerzuela con descocada resolucion.

Luego continuó, volviéndose á los soldados entre los que se encontraba.

—¡No faltaba mas sino que para el recreo y placer del Nazareno, echara yo á perder uno de mis muebles!...

—Tiene razon la portera: — exclamaron todos echándose á reir á grandes carcajadas.

La vil mujer no necesitaba otra cosa para ponerse mas hueca que un pavo, y adoptó una actitud entre fiera y ridícula, como si quisiese desafiar al que la reprendiera poco

antes, segura como estaba de que el resto de los verdugos se pondria desde luego de su parte.

El soldado que le pidiera la banqueta, notando el ademán fiero y complacido, á un mismo tiempo, de la esclava, echóse á reir tambien á grandes carcajadas, y tomando el carcomido asiento entre sus manos ensangrentadas, despues de examinarle detenidamente, dijo :

—Verdad es que esto no puede ser peor, para que se sienta aquí un hombre honrado, pero tambien es verdad que para este mandria es bastante, y hasta si quereis, demasiado.

Y al pronunciar las palabras denigrantes, que hacian referencia al divino Salvador, asestóle un tremendo puntapié, bien así como si quisiera que sus dignos compañeros no se equivocaran en la persona á quien hacia referencia.

—Ya decia yo que era demasiado ese asiento, y pensaba tambien que tú vendrias á ser de mi opinion; — chilló la maldita mujer.

—Y ahora ¿qué es lo que pretendes hacer? — preguntaron los verdugos á su compañero.

—¿Qué es lo que pretendo hacer, me preguntais? Nada menos que levantar un trono al rey de Israel, para que podamos rendirle nuestros homenajes.

—¡Escelente idea! — gritó uno; — que no muera al menos, sin que antes haya recibido nuestros homenajes.

—Ea, rey de Israel, levanta; — dijo la esclava acercándose á Jesús, inclinándose á él y pellizcándole y retorciéndole con rabia mujeril los hinchados párpados. — Levanta, te digo, porque aquello que tú tanto deseabas ya ha llegado. Tu ejército va á rendirte pleito homenaje, y no tardarás mucho en conquistar, merced á sus esfuerzos, la cumbre del Gólgota, donde te espera el trono, que allí te preparan en justo pago de tus triunfos.

Los soldados y verdugos aplaudian las palabras y los hechos de la criada, y esta, viendo que su *arranque* hacia gracia, prosiguió desfogando su ira en Jesús, obligándole dar golpes en el suelo con el rostro, y arañando la divina cabeza, y entreteniéndose en arrancar uno á uno los cabellos del Redentor, para que su crueldad se hiciera mas sensible.

Cuando estuvo satisfecha ó cansada, levantóse y dió algunos pasos hácia la puerta, pero como si le pesara dejar tan pronto de saciar su crueldad, volvió á su tarea con mas ímpetu, con mas cólera, con mas furor, y sabe Dios cuando pusiera término á sus coléricos y sacrílegos escesos, si el que le pidiera la banqueta poco antes, no la arrojara de allí dándole un empellon, que por algunos momentos le hizo casi perder el equilibrio.

—¡Largo de ahí, mala víbora! — le dijo.

Y al mismo tiempo apoderándose del Señor, arrastróle hasta el pié de la banqueta, tirándole de los divinos cabellos, como se pudiera tirar de una cuerda, para arrastrar un peso enorme.

Á todo esto nada decia el divino Salvador, y mientras que mas agudos eran los tormentos que sufría, mas grande era la complacencia de su divino corazon, pues que solo de aquella manera podia desbordar los torrentes de amor que inflamaban su pecho divino, que luchaban por salir, á fin de abrasar tambien al mundo en aquel fuego purísimo y regenerador, que debia darnos la eterna bienaventuranza de la gloria.

El verdugo habia puesto la carcomida y desvencijada banqueta, apoyada en una columna que sostenia la bóveda del aposento, para que el apoyo que de la columna recibia supliese el pié que le faltaba, pero semejante parapeto era

tan baladí, que al menor movimiento que hiciera el que en él tomara asiento, necesariamente debía venir al suelo por haber perdido el equilibrio, sino era que el peso destrozase de una vez la carcomida madera que le formaba, inutilizándole para siempre.

Mas esto, ¿qué les importaba á la canalla reunida allí? Si la banquetta se rompía, y el Cristo por consiguiente venia al suelo, tanto mejor; la diversion, ofreciendo un nuevo episodio, aumentaria notablemente. Si Jesús perdiendo el equilibrio se caía y con él la banquetta, tanto mejor; los motivos de regocijo tomarian nuevas formas, y no debía ser difícil á alguno de los verdugos recibir una nueva inspiracion de Satanás, para aprovecharse de aquel episodio, al objeto de hacer surgir uno de nuevo, que siguiera recreándoles y promoviendo su infernal hilaridad.

Así, pues, cuando le tuvo el verdugo al pié de la banquetta, hizo señal á sus compañeros para que vinieran en su ayuda, á fin de sentar en ella al extenuado Cristo, y así lo hicieron, sin consideraciones de ningun género, sin atender á que, gracias á los bruscos movimientos que le obligaban á dar, los dolores de Jesús debian necesariamente tener un recrudecimiento desgarrador.

—¡ Ah ja! ja!... Ya estás sentado en tu trono, rey de Israel!... Digamos, compañeros, postrándonos á sus plantas y adorándole: *¡ Bendito sea el que viene en nombre del Señor!*

Y el verdugo inclinó la cabeza, como si hiciera con ella un ridículo acatamiento á la majestad, y luego alzando fieramente su rostro, arrojó al semblante divino el inmundo esputo de su boca de blasfemo.

Luego levantándose dióle un tremendo puñetazo en los labios, puñetazo que reventó en sangre las divinas encías,

haciendo mover todos los dientes del Salvador del mundo, y causándole un dolor incomparable.

Aquella escena grotesca é infernal; aquella maldita parodia hizo gracia á los verdugos, y todos uno despues de otro, postráronse de rodillas delante del Redentor, dedicáronle algunas frases burlescas, escupiéronle al rostro, y le hirieron de diferentes maneras.

Este le abofeteaba sin piedad; el otro hacía le golpear fieramente la columna con la ensangrentada cabeza; quien le retorcia con infernal fuerza las orejas, quien se entretenia en pellizcarle los párpados á imitacion de la esclava; el uno le asestaba puñetazos en la nariz, el otro introducía en la divina boca la punta de una lanza, y arañaba con ella el paladar y la lengua del Cristo, y todos á una ensañábanse tan cruelmente en él, que no es dable dar mas martirios de los que recibió Jesucristo, ni es posible que la mente humana conciba mas excesos de crueldad, de los que allí se llevaron á cabo, siempre con grandes carcajadas, siempre con una alegría verdaderamente diabólica, y con una constancia increíble.

Aquellos desgraciados no se hallaban satisfechos; la fiebre infernal que les devoraba, dábales una sed inextinguible de seguir atormentando á Jesucristo, y de aumentar las proporciones de los martirios de que le hacian objeto.

Y no se cansaron de atormentarle, pero aquella especie de parodia produjo el fastidio por fin, y lo que en un principio deleitaba, despues hízose pesado, porque perdió el interés con la saciedad.

Entonces la erriada encargada de la puerta, que se hallaba presenciando todos aquellos excesos, toda aquella crueldad refinada, y que sentia vivamente no ser hombre para

poder participar del regocijo de aquellos, para ella, felices mortales, entonces, repetimos, la criada portera deseosa de dar á la diversion un nuevo carácter y una nueva forma, corrió á la cocina, apoderóse de uno de los trapos súcios, ennegrecidos y grasientos, con que se limpiaban las sartenes, y con tan asquerosa prenda volvió corriendo al aposento, abrióse paso por entre los soldados, extendió en toda su anchura el trapo, y así precipitóse con ímpetu sobre Jesús, hasta cubrirle todo el divino rostro y venerable cabeza.

El ímpetu de la frenética esclava fue lo suficiente para que la banqueta perdiera el equilibrio, y Jesucristo, con el rostro envuelto en el asqueroso trapo, vino rodando al suelo, y dió con la cabeza algunos golpes muy rudos en la columna que le servia de respaldo.

La criada desde luego se retiró riéndose mucho, y los verdugos que le acompañaban en las muestras que daba de alegría, viendo que la escena tomaba un nuevo caríz, apresuráronse á aprovecharse de él hasta que les fastidiara, en cuyo caso esperaban inventar alguna nueva manera de seguir pasando la noche, dando sin cesar tormento al divino Salvador.

Cuando la hilaridad les dió lugar á emprender de nuevo con las burlas, de que al Cristo hacian objeto aquellos viles satélites del infierno, precipitáronse unos sobre el Redentor, mientras que otros procuraban componer la banqueta que, medio rota y del todo carcomida, apenas era servible, despues de haber venido Jesús al suelo con ella.

Y mientras que estos se ocupaban en componerla un poco, para que pudiera continuar sirviendo, aquellos obligaban á Jesús á ponerse de rodillas en actitud de orar, y en tanto que los unos hacíanle levantar la cabeza, obligán-

dole á ello tirando de sus divinos cabellos, los otros le precisaban á inclinarla sobre el pecho, tirándole de las barbas.

Y hubo un momento en que aquellos tiraban y tiraban estos..., y la sangre brotaba de la veneranda cabeza, y de aquel rostro sagrado, como brotan de la estalactita las gotas de agua, que forman un manantial en los tenebrosos senos de una gruta.

Cuando la banqueta estuvo dispuesta, el semblante de Jesús, teñido en sangre, se hallaba materialmente desollado, y sus fieros verdugos, con imprecaciones y tremendas blasfemias sentáronle de nuevo en aquella, y cubrieron otra vez el venerando y adorable rostro con el asqueroso trapo, que la criada trajera pocos momentos antes.

En este momento, el que hacia de director de aquella escena infernal, guturó:

—Empieza la funcion.

Y luego dirigiéndose al Salvador del mundo, continuó hablando de esta manera, con entonacion pronunciadamente sarcástica:

—¿No eres tú el profeta de los profetas? ¿No eres tú el Cristo Dios? Pues bien; ahora nosotros, despues de haberte rendido los homenajes de monarca, vamos á darte motivo para que nos confirmes en el concepto de profeta, que siempre nos has merecido. Es justo que acredites de todas maneras ser el Mesías vaticinado, para que cuando te conduzcamos á tomar posesion de tu imperio y trono en el Calvario, podamos dar fe de tu divina y salvadora mision á cuantos quieran escucharnos... ¡Ya verás! Ya verás que bien lo hacemos, y cuán admirablemente servimos á tu santa causa.

Los verdugos movidos á curiosidad por las palabras de

su digno compañero, y sintiéndose animados por el deseo de proseguir martirizando al Cristo, formaron apiñado corro en torno de él, celebrando con grandes carcajadas y algazara, las viles frases del que les capitaneaba en aquel momento.

Mientras tanto, este fingiendo ligeramente la voz, asestó un tremendo puñetazo á las divinas orejas, diciendo:

—Cristo divino, profeta de los profetas, enviado del Dios Altísimo; por el maravilloso don de profecía que has recibido del Padre celestial, te conjuro á que me digas quién es el atrevido que te ha golpeado.

Otra carcajada general resonó en la habitacion, y como el Cristo no contestara, el que le habia herido prosiguió:

—¡Ah! ¿no contestas? ¿Es tal vez porque no has oido mis palabras, ó quizá por no haber entendido bien mi conjuro? Espera, espera, porque es necesario que me contestes, puesto que he de dar testimonio público de tu mision divina.

Y pasando al lado opuesto, repitió otra vez con la voz un poco desfigurada, para dar así mayores motivos á la hilaridad de sus compañeros:

—Cristo divino, profeta de los profetas, enviado del Dios Altísimo; por el maravilloso don de profecía que has recibido del Padre celestial, te conjuro á que me digas quien es el atrevido que te golpea.

Y diciendo esto asestó otro tremendo puñetazo á la oreja del Salvador que no hiriera antes.

Jesús callaba y sufría, y rogaba al Padre eterno no fuesen vanos aquellos tormentos, para los desgraciados que se los prodigaban. El divino cuerpo sufría horriblemente, pero el corazon del Redentor se hallaba nadando en un océano de enamoradas delicias, puesto que la hora tan de-

seada de padecer por los hombres, habia por fin llegado para él.

¡Oh! ¿quién será capaz de penetrar y definir, lo que en aquellos momentos solemnes pasaba entre Dios el Padre y el Redentor divino? ¿Qué pluma será la escogida, para trasladar al papel un boceto de los suspiros generosos y enamorados que Jesús padeciendo enviaba al Eterno?

Mientras tanto, los verdugos cada uno de por sí, repetia las mismas palabras de su infernal compañero, y al repetir las, quien le daba varapalos en la cabeza, quien le abofeteaba, quien le heria con la punta acerada de las lanzas, y quien buscando á través del trapo súcio los ojos del Salvador, dábale crueles puñetazos en parte tan delicada del cuerpo.

Todos repetian las mismas blasfemias que en boca del primero hemos oido, y todos maldecian y juraban, y daban tremendas carcajadas, capaces de estremecer la bóveda de los cielos, y los mismos cimientos del abismo, pero ni martirios, ni juramentos, ni blasfemias, ni carcajadas lograban estremecer ni á los verdugos, ni á Caifás y su suegro, quienes faltos de sueño, oian con una sonrisa llena de satisfaccion indecible, el espantoso tumulto, los incesantes gritos y risotadas que se daban en el patio.

Y despues de haberse fastidiado los verdugos de esta escena, apelaron á otros medios, para dar pábulo á su feroz diversion, medios que por fin se agotaron, y entonces sintiéndose fatigados, no por compasion que tuvieran del Redentor, sino para poder ellos descansar, abandonaron á Jesús, para ir á tenderse sobre las baldosas de los pórticos, que como sabemos, rodeaban el atrio del palacio de Satanás.

Antes empero trataron de prolongar los martirios del Cristo, y desatándole las manos, hicieron que por la parte

de la espalda las cruzara en la columna, para lo cual era preciso tomar una violentísima posición, y teniéndole de esta manera se las volvieron á atar, con mas inhumanidad, si cabe, de lo que atadas las tenia antes.

—Es preciso asegurarle;—dijo Malco,—no fuera caso que mientras nosotros descansamos un momento se nos escapara.

Y cuando le iban ya á dejar de esta manera, solo con su dolor y sus tormentos, uno de los verdugos dijo:

—Demasiada comodidad es la que tiene. Si los pontífices le vieran, nos reprenderian con razon por nuestro exceso de clemencia.

Dicho esto acercóse á Jesús, dando un puntapié á la banqueta, que no necesitaba otra cosa para hacerse pedazos, y dejar al divino Salvador con una parte del cuerpo en tierra, y la otra parte colgado de los brazos, que vueltos al revés amarrados tenia á la columna.

—¡Excelente idea la tuya!—gritaron algunos.

—Esto merece una botella de Chipre. Vamos á refrescar, compañeros. Beberemos á la salud del Nazareno.

Y todos salieron, mientras que el divino Redentor de los hombres quedaba pendiente de la columna, y entregado á la atrocidad de su martirio, que en aquellos momentos era tan intenso y vivo, como ninguno de los que recibiera hasta entonces.

Y mientras que los alborotados verdugos, tendidos en las losas del pavimento del atrio, comian y bebian, Jesucristo rogaba al Padre celestial por la salvacion de las racionales criaturas, y le ofreció lleno de amor sus tormentos para la expiacion de los pecados de los hombres, á los que amaba tanto, dirigiendo de vez en cuando amorosos llamamientos á los seres del porvenir que á tanta costa redimia.

## CAPITULO VIII.

### La Sentencia del Sanhedrin.

Cuando el alba empezó á despuntar en Oriente, los malditos jueces de Israel dejaron sus lechos, para trasladarse á la sala del Sanhedrin, que como sabemos se hallaba enclavada en el Santuario.

Los jueces de Israel se reunieron á la sombra del Santo de los Santos; á la presencia del Dios Altísimo, al objeto de sentenciar al Hijo unigénito del Eterno, venido á la tierra para salvarnos á todos.

El sarcasmo que aquellos miserables arrojaban al rostro del Criador, no podia ser mas cínico ni mas horrible. La justa indignacion de Adonai, no debia tampoco tardar mucho en descargar sobre aquellos jueces y aquel pueblo, para borrar de la lista de las naciones, á la nacion tan protegida hasta entonces, y tan criminal é ingrata en aquel momento.

Los ángeles custodios de Israel lloraban á lágrima viva, recordando la bondad con que el Altísimo tratara á la nacion hebrea y el infinito crimen que esta cometia, y trocando su actitud, suplicaban al Eterno borrarse de la memoria de los cielos y de los hombres, no solo á todo aquel pueblo perverso, sino hasta su menor recuerdo.

En tanto la obra de la redencion seguia adelante, y el divino Salvador era conducido de la casa de Caifás al tem-